



BRASIL, CARNAVAL Y FUTBOL

BRASIL ES CARNAVAL.

Brasil es carnaval, al menos unos días al año. El pobre y el rico se igualan en la calle, hombres y mujeres se confunden y se aman, la violencia cede el paso a la música, la injusticia social baila de la mano de la ilusión por unas horas.

Brasil es carnaval, inevitablemente engañoso, inexorablemente aparente, pero con una capacidad subyugante para aparcarse los temas vitales, temporalmente, y elevar a la máxima potencia el humano placer de sentirse igual a los demás, con el mismo derecho de ser feliz y de mostrarlo abiertamente en un orgasmo festivo y colectivo.

BRASIL ES FÚTBOL.

Brasil es fútbol, a diario, en las calles y en los estadios. Es una potencia exportadora de jóvenes valores, unos pocos millonarios en las ligas profesionales europeas, y otros muchos trabajadores mal pagados del deporte en categorías no tan mediáticas.

Es fútbol, como podría ser cualquier otra cosa que permitiera a sus jóvenes desahogar frustraciones al final del día, al atardecer, cuando la jornada de trabajo o de ansiedad para buscarse la vida termina. Las canchas se buscan y se improvisan, en un cruce de calles, en un solar sin construir, en un llano a las afueras. Y se organizan equipos, no sólo de once, sino de todos aquellos que tengan ganas de correr e inventar malabarismos para vencer, al menos en un rectángulo de tierra pisada.

El fútbol de las calles es pobre, descalzo, sin marcas en el suelo, con palos cortados en la mata, a menudo con una pelota llena de remiendos, algunos con camisetas de mil equipos conocidos, otros con el torso desnudo y más brillante que cualquier Adidas o Nike.

PENTACAMPEÓN DE LA DESIGUALDAD.

Brasil es carnaval y fútbol a la vez, entre otros motivos, porque es el campeón de la desigualdad social. También es pentacampeón mundial de fútbol y el primer destino turístico en tiempos de carnaval, durante los fríos días del febrero occidental.

Como todos los pueblos Brasil necesita una válvula de escape que libere las fuertes tensiones derivadas de la injusticia y la violencia que genera esa situación de racismo económico. Brasil no es un pueblo excepcional en este sentido.

Cada mes de febrero la sociedad brasilera se disfraza de sí misma, se maquilla de su imaginario, se viste con las galas de la ilusión que nunca se realiza y sale a bailar la danza que la humanidad viene soñando desde que el hombre fue consciente de sí mismo y se autodenominó homo sapiens.

Cada semana la sociedad brasilera llena los estadios y conecta los televisores para correr detrás del balón de oxígeno que le permita hacer un paréntesis, pero no olvidar, en una economía globalizada donde los ricos se enriquecen y los pobres se empobrecen sin atisbos de un proceso equilibrador y humanizador. Los goles son como subidones en la bolsa de cada ciudadano con derechos más virtuales que reales.

Brasil es carnaval y fútbol, como España es sol y toros, Inglaterra es té y zorros, Alemania es salchichas y cerveza o Estados Unidos es Bush padre y Bush junior. Tópicos que son típicos y que reflejan la realidad de un pueblo y a la vez, por ser tópicos, lo pueden empequeñecer y limitar, porque todos los pueblos son siempre algo más que, en Brasil, está en tensión por llegar a ser, a pesar del comercio internacional y los grandes intereses económicos.



Javier Prat Cambra